

# UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN IX • NUMERO 8

MEXICO, ABRIL DE 1955

EJEMPLAR: \$1.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



## JOSE LOPEZ PORTILLO Y EMILIO RABASA

**L**A simpatía es afinidad, próxima o remota. Entre ambos, hombres y novelistas, hay visibles líneas que los emparentan. Tanto Ló-

pez Portillo como Rabasa

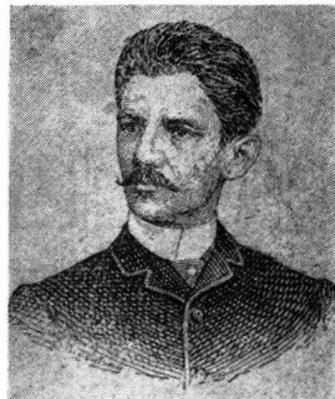
ocuparon, en su vida política, el más alto cargo de sus Estados natales: el de Gobernador. Ambos destacaron en el terreno del Derecho, sobresaliendo Rabasa, quien dedicó a esta disciplina los mejores años de su vida.

La novela en serie de Rabasa —*La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa*—, por los sitios en que se desarrolla, por las pasiones que entran en juego, va de menos a más. Primero ocurre en un oscuro pueblecillo, San Martín de

la Piedra; luego, en una ciudad del interior, asiento de un gobierno estatal; por último, en la capital de la República, donde alcanzan su clímax los aconte-



López Portillo



Rabasa

### S U M A R I O

*La feria de los días* • *Reflejo de México en la obra de José Moreno Villa* por Luis Cernuda • *Cuerpos de un nombre* por Emilio Prados • *Historia de Mariquita* por Guadalupe Dueñas • *Historia Documental de mis libros (III)* por Alfonso Reyes • *José Rafael Campoy* por Juan Luis Maneiro • *Pequeño léxico del nuevo vocabulario filosófico* por Henri Dussort • *Artes plásticas* por J. J. Crespo de la Serna • *El cine* por J. M. García Ascot • *Fidelidad de Italia* por Tomás Segovia • *Libros* por José de la Colina, Alí Chumacero y Carlos Valdés • *Pretextos* de Andrés Henestrosa • Ilustraciones de Alberto Beltrán,

cimientos. En las novelas de López Portillo se observa un similar desenvolvimiento de la acción. En *La parcela*, los sucesos se desarrollan en Citlala, disfrazado nombre de un pequeño pueblo de Jalisco y en dos haciendas de su jurisdicción; *Los precursores*, en Fópoli —ciudad de luz—, metamorfosis ideal de Guadalajara; *Fuertes y débiles* en México. Las pasiones, al irse enriqueciendo los horizontes, se vuelven más complejas.

El realismo de ambos —francés e hispano el de Rabasa, puramente español el de López Portillo— admite a menudo ensoñaciones y escapatorias de la imaginación o del afecto; puede decirse que amodorrada su voluntad, brotaba su trasfondo romántico. Romántico es también su culto por la antítesis, que se observa en la conducta de sus personajes: buenos y malos, todos ellos de una pieza; en el físico de los mismos, sobre todo en las heroínas y en sus desgarradas réplicas; en el estilo.

Las descripciones de estos dos novelistas se parecen, aunque el parecido no es sólo mutua afinidad sino constante del tiempo. La descripción prolija, el análisis exhaustivo de las personas y de los actos, se observan también en Delgado y en Gamboa; son el común denominador de la literatura del siglo pasado.

En la descripción de sus personajes, López Portillo y Rabasa usaban el humor. Conscientes de que pertenecían a la escuela realista, se mofaban de las heroínas románticas, delgadas en exceso, propensas a la tuberculosis, aéreas, ingrávidas.

Compararé dos de sus heroínas. La primera, Remedios, es la protagonista que aparece en las cuatro partes de la novela inicial de Rabasa. La segunda, Brígida, representa el papel estelar del cuento *Puro chocolate* de López Portillo.

I

*Si digo que Remedios era una muchacha tímida no por ello tema el lector de juicio que vaya a tomarme el trabajo de inventar, pintar o adornar una heroína con tuberculosis, ni que quiera seguir, hilo por hilo, lamento por lamento, la historia de un amor escrofuloso. No; Remedios valía más que esas desgraciadas heroínas de la tos; lucía sobre la blanca tez de sus mejillas los colores de las rosas que regaba en sus tiestos por la mañana; la roja y ardiente sangre se transparentaba en sus labios con color vivo; y la redondez escultórica de sus brazos, hombros y cuello, todo suave, sedoso y nacarado, revelaba la fresca salud que el ejercicio doméstico engendra y la pureza de las costumbres hermosa. Alta y esbelta, airosa con natural y no aprendida elegancia, habría sido una lugareña en el aspecto, si*

*la fortuna no hubiera puesto en sus negros y grandes ojos, antes rayos de luna que haces de luz solar. Su mirada, en efecto, era dulce y triste y pareciera derramar sus respaldos sobre la tersa y pensadora frente; esto es lo que a mí me hizo rendir el alma, y lo que no olvido ni olvidaré jamás. ¿Qué me importa que se le tachara de no tener la boca más pequeña? He leído después en algún libro de Zola que las bocas como aquélla son sensuales; pero la verdad es que Remedios era más dulce y afectuosa que ardiente y apasionada... No haya temor de que, ignorados sus padres, resulte luego hija del sultán de Marruecos en la penúltima página de este libro.*

II

*Muy a mi pesar tengo que poner otra restricción al poderoso empuje de la imaginación de mis favo-*

*recedores, y es la del peso y volumen de mi heroína. Porque bien podría suceder que alguno de ellos fuese afecto a las figuras flacas, vaporosas y escurchimizadas, y que, llevado de su tendencia natural a la esbeltez y adelgazamiento de las personas, diese en atribuir a mi beldad un talle de abeja, un cuello de cisne y una diafanidad semejante a la de los cuerpos gloriosos. No, señor, protesto contra semejante suposición, porque sería ofensiva para la salud excelente, y la lozana frondosidad de mi adorado tormento. Porque es de saber, que mi bien no había dado en los devaneos de muchas damitas de hogaño que, por tal de parecer sílfides y visiones de poetas, se echan en hambre, beben vinagre, chupan limones, y no toman por la noche sino una taza de té sin azúcar, porque han oído decir que el té adelgaza y que el azúcar engorda. No, mi Brígida no pertenecía a esa brigada de sombras borrosas que se deslizan por los bailes, teatros y paseos, haciendo el efecto de un aquelarre de bruji-tas, o de una sala de hospital sublevada y ambulante; no, mi Brígida se apartaba del camino seguido por esas insensatas doncellas que son mártires de sí mismas, y era una mujer normal, que comía y bebía a discreción cuanto le pedía el organismo, y que así daba fin a un bistec Bismarck con un cerro de patatas, como a media gallina gorda o a un plato colmado de mondongo. Y por lo que hace a dulces, ¡vaya que era golosillo el angelito! Ración doble de cremas, pastas y conservas en la comida y en la cena, y a más de eso, repletos cartuchos de bombones a toda hora.*

## UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

Director de Difusión Cultural:

Licenciado Jaime García Terrés.

### REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:  
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"  
Universidad Nacional Autónoma de México,  
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: \$ 1.50

Suscripción anual: \$ 10.00

### PATROCINADORES

ABBOTT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

Estamos ya en la época de las heroínas saludables, llenas de vida. Época en que el novelista no inventa sino retrata. Época que se avergüenza del excesivo adorno, sustituyéndolo con una franca tendencia a la

(Pasa a la pág. 17)

(viene de la pág. 2)

caricatura. Remedios y Brígida tienen defectos que menguan su hermosura. Esta es un tanto gruesa, aquélla tiene la boca más grande de lo que conviene. El amor que inspiran no es "escrofuloso", anémico; por el contrario, es sumamente tangible; atraviesa por las tradicionales vicisitudes. El de Remedios alcanza a dar frutos; el de Brígida termina por razones gastronómicas antes de consumarse.

El sentido del humor, la sátira, son aplicados por ambos novelistas para burlarse de las estrecheces ideológicas de los partidos políticos antagónicos: liberal y conservador. La intransigencia campea en todos los actos de estos partidos. Los liberales pugnan por el exacto cumplimiento de las leyes de Reforma; los conservadores, porque no perdiera la iglesia sus privilegios. El primer ejemplo pertenece a *La*



... aéreas ...

parcela de López Portillo, el segundo a *La guerra de tres años* de Rabasa.

I

El bando de Figueroa, furiosamente demagogo, no dejaba de hostilizarle (al señor cura Sánchez). Llamábanle sus malquerientes cura regordete y bien alimentado; y hablaban de la abundancia de los manjares que se servían en su mesa, y de lo bien repleto de sus bolsillos. De vez en cuando mandaban remitidos a la capital poniendo el grito en el cielo por la violación



era dulce y triste

## JOSE LOPEZ PORTILLO Y EMILIO RABASA

de las leyes de Reforma, que le atribuían; las cuales consistían en hacer sonar la campanilla delante del viático, y en olvidarse a veces de recoger la sotana al salir a la calle. ¡Clamaban los figueroístas que aquello era atroz, porque tendía a mantener el fanatismo en el pueblo y la oscuridad en las conciencias! Alguna vez el tinterillo (Figueroa), siendo presidente municipal, le impuso multas por tales desacatos, y aun se refería de una en que le hizo llevar al Ayuntamiento, custodiado por gendarmes en calidad de detenido.

II

—¿Ya saben, no, la novedad? —preguntó.

—¿Qué hay? —dijeron casi a la vez todos.

—Que tenemos procesión esta tarde.

—¿Cómo procesión!

—¿Procesión!

—¿Qué cosa!

—¿Qué barbaridad!

Estas y otras exclamaciones fueron, por supuesto, lanzadas simultáneamente y con tono en que tomaban parte la sorpresa, la indignación y el espanto.

—Pues, sí, señores, es un hecho, que habrá procesión.

—¿Y Camacho!

—¿Sólo eso nos faltaba!

—Pues Camacho parece que lo consiente o que no lo sabe.

—¿Se hace! —exclamó Pancho Angeles.

—¿Que liberal va a ser ese bruto!

—Si éste no es nada —agregó Chapa.

—Se hace guaje —dijo otro.

—La tía Gilda habrá dado el permiso.

—No —replicó Zapata—: porque la que anda en todo es doña Nazaria.

Aquí las exclamaciones y comentarios no tuvieron límite. Hablóse de la viuda de Varguitas hasta más de lo justo; y luego se trajo a Luisa a colación, y después a dos Santos (Camacho) y a medio pueblo. Volvieron después a lo de la procesión, y entonces Pancho Angeles pronunció un buen discurso que comenzó con estas palabras: "Si Juárez resucitara se volvería a morir inmediatamente."

Figueroa es el liberal demagogo de la novela de López Portillo, en tanto que los hermanos gemelos Francisco y Juan Angeles profesaban de buena fe las ideas liberales, y más aún: "adoraban la memoria de Juárez y estaban reñidos con todo orden público vi-



... ingrátidas ...

gente." El personaje correspondiente a Figueroa en *La guerra de tres años* es Hernández, el secretario perpetuo del Ayuntamiento de El Salado. Sin embargo, tanto Figueroa como "los angelitos" coinciden en su lucha contra la reacción, en el ánimo indignado con que actúan contra los que infringen la ley.

Rabasa y López Portillo veían con ojos afines los triviales sucesos entre los que se debatían sus contemporáneos. No invalidaban las ideologías, se

burlaban simplemente de cualquier tipo de fanatismo.

Los pronunciamientos intempestivos, sin ideario, llamados por el pueblo con la gráfica voz de la "bola", sirvieron de tema a ambos novelistas. López Portillo en *Nieves* pinta sus antecedentes y reflexiona sobre sus consecuencias. Rabasa se sirve de ella como de un alud que hace crecer a sus personajes y los arranca de su pueblo natal. A causa de la "bola" Juanito Quiñones, el coronel Cabezudo y su sobrina Remedios abandonan San Martín de la Piedra, lo que le da ocasión de armar las tres restantes partes de su novela. Ahora las consideraciones teóricas son de Rabasa y el diálogo de López Portillo.

I

¡Y todo aquello se llamaba en San Martín una revolución! ¡No! No calumniemos a la lengua castellana ni al progreso humano, y tiempo es ya para ello de que los sabios de la Correspondiente envíen al Diccionario de la Real Academia esta fruta cosechada al calor de los ricos senos de la tierra americana. Nosotros, inventores del género, le hemos dado el nombre, sin acudir a raíces griegas ni latinas, y le hemos llamado bola. Tenemos privilegio exclusivo; porque si la revolución como ley ineludible es conocida en todo el mundo, la bola sólo se puede desarrollar, como la fiebre amarilla, bajo ciertas latitudes. La revolución se desenvuelve sobre la idea, conmueve a las naciones, modifica una institución y necesita ciudadanos; la bola no exige principios ni los tiene jamás, nace y muere en corto espacio material y moral, y necesita ignorantes. En una palabra: la revolución es hija del progreso del mundo, y ley ineludible de la humanidad; la bola es hija de la ignoran-



Todo tiempo pasado fué peor

cia y castigo inevitable de los pueblos atrasados.

Nosotros conocemos muy bien las revoluciones, y no son escasos los que las estigmatizan y calumnian. A ellas debemos, sin embargo, la rápida transformación de la sociedad y las instituciones. Pero serían verdaderos bautizos de regeneración y adelantamiento, si entre ellas no creciera la mala hierba de la miserable bola.

¡Miserable bola, sí! La arrastran tantas pasiones como cabecillas y soldados la constituyen; en el uno es la venganza ruín; en el otro una ambición mezquina; en aquél el ansia de figurar; en éste la de sobreponerse a un enemigo. Y ni un solo pensamiento común, ni un principio que aliente a las conciencias. Su teatro es el rincón de un distrito lejano; sus héroes hombres que, quizá aceptándola de buena fe, dejan la que tenían hecha jirones en los zarzales del bosque. El trabajo honrado se suspende; la garrocha se necesita para la pelea y el buey para alimento de aquella bestia feroz; los campos se talan, los bosques se incendian, los hogares se despojan, sin más ley que la voluntad de un cacique brutal; se cosechan al fin lágrimas, desesperación y hambre. Y sin embargo, el pueblo, cuando reaparece este monstruo favorito a que da vida, corre tras él, gritando entusiasmado y loco:

—¡Bola! ¡Bola!

II

—Y ahora —le dije—, ¿qué piensa usted hacer?

—Seguir la bola, ¡qué otra cosa! Aquí no puedo vivir; si me quedara, me volverían a meter a la cárcel.

—Probablemente.

—¡Pues entonces adelante, y a ver que sucede!

—Bien —le dije en tono de broma—; pero ¿qué va usted a defender?

—No sé.

—¿Por qué va a pelear?

—Tampoco lo sé.

—¿Quién es ese general de quien grita usted que viva?

—No sé qué madre lo parió.

—Entonces es usted un pronunciado de muchísima importancia.

—Lo único que sé es que me he pronunciado por mi libertad y contra el despotismo.

—Ha acertado usted; casualmente eso que dice es todo un programa político.

—No se burle, amo; ya sabe que he sido hombre trabajador y pacífico, y que si me meto a la bola es porque me obligan.

“Salió a la luz *Nieves* —dice López Portillo en la introducción a *Novelas cortas*, México, 1900— en las entregas de *La República Literaria* correspondientes a 15 de enero, 15 de febrero y 11 de marzo de 1877, casi medio año antes que la novela de Sancho Polo (Emilio Rabasa) llamada *La bola*. Como el argumento del final de aquella novelita tie-

ne una ligera similitud con el de esta última, no es fuera de propósito hacer tal reminiscencia de fechas; tanto más cuanto que hace algún tiempo fue afirmado por un periódico de esta capital, que las cosas habían pasado de otra suerte, esto es, que la publicación de *La bola* había sido anterior a la de *Nieves*.

“Por de contado que esta aclaración no tiende ni de lejos ni de cerca a insinuar que Sancho Polo haya sacado de *Nieves* la idea de su excelente libro, pues harto genial y fecundo es este escritor para necesitar inspirarse en obras ajenas; sino sólo a dejar las cosas en el punto que les corresponde, defendiendo para *Nieves*, a falta de otro mérito más positivo, siquiera el de la originalidad”.

Esta aclaración de López Portillo es importante por otra razón aparte de la apuntada. Rabasa no conocía *Nieves* y sin embargo coincide con su autor en la manera de interpretar y valorar esos movimientos carentes de ideología. Su afinidad más que de sentimientos es de ideas.

Otros personajes de ambos novelistas representan el mismo papel en las novelas en que aparecen. Así, en *La parcela*, el doctor Atanasio Sánchez, cura de Citala, tiene las mismas ideas que el cura que aparece en *La bola*, Benjamín Marajo. Los dos son ancianos, los dos cumplen sus deberes apostólicos con el mismo celo, los dos se abstienen de intervenir en las minúsculas luchas políticas de sus feligreses; sin embargo, los dos expresan a media voz, “entre dientes”, sus opiniones sobre los asuntos que dividen sus poblaciones en dos bandos. Sánchez es un islote de cordura en la lucha entre mendistas y figueroístas; Marajo es la neutralidad y el buen sentido en el pleito personal que sostienen Coderas y Cabezudo.

Entablemos conocimien-  
to primero con Sánchez,  
después con Marojo:

I

—¡Qué lástima que sea  
cura! —decía (Figue-  
roa)—. ¡Qué buen ciuda-  
dano hubiera sido, si no se  
hubiera puesto las faldas!

La gente aristocrática,  
por su parte, hábale co-  
gido bajo su protección.  
Las damas ricas del muni-  
cipio regalábanle mante-  
les, paliós, trajes para  
santos, flores de trapo y  
otras mil cosas para or-  
namento y gala del tem-  
plo. Pero no por eso ha-  
bía querido el pacífico cu-  
ra, tomar parte en las  
odiosas luchas de los par-  
tidos, aunque los propie-  
tarios habían procurado  
valerse de su influjo para  
triunfar en las elecciones.

—No entiendo de eso  
—decía—. A mi déjenme  
aparte; no sirvo sino para  
rezar y decir misa.

Tenía criterio propio.  
Parecíale combate de lili-  
putienses aquel batallar  
de mendistas y figueroís-  
tas, en que tomaba tanto  
interés no sólo la gente  
menuda y dejada de la ma-  
no de Dios, sino hasta la  
de más alta posición, como  
los señores comerciantes  
de la plaza y los hacenda-  
dos de los alrededores. Así  
es que, al observar el re-  
tramiento que guardaba  
a este respecto don Pedro  
Ruiz, le había calificado  
de hombre cuerdo y sensa-  
to, estimándole por esto de  
una manera especial. Y  
no era que Ruiz diera  
grandes muestras de reli-  
giosidad, pues manifestá-  
base harto indolente para  
las cosas del culto; sino  
que le admiraba el párro-  
co por su valer moral y  
la independencia de su ca-  
rácter.

—Este don Pedro me  
gusta —murmuraba entre  
dientes—, porque no anda  
con dianas y es muy for-  
malote.

De Méndez tenía, por el  
contrario, opinión muy po-  
co ventajosa.

Bien se comprendía, en  
su concepto, que Figueroa  
anduviese metido en los  
enredos de la política, co-  
mo que vivía de ella y de  
ellos; pero no le cabía en  
el juicio de don Santiago  
(Méndez), hombre acom-  
odado y de viso, tomase  
parte en aquella gresca  
endemoniada, sólo por va-  
nidad y amor propio.

II

Aún suspiran en mi  
tierra viejas y viejos por  
el padre Marojo, que que-  
dó allá como inimitable  
tipo de sacerdotes buenos;  
y cuentan las madres a sus  
hijos la biografía del hu-  
milde cura, con más colo-  
rido que Castelar la vida  
de Byron. Comienzan por  
decir que era alto y flaco,  
encorvado y reumático;  
continúan que llevaba algo  
exagerada la nariz, la bo-  
ca grande y el andar pesa-  
do, y concluyen con el re-  
sumen inesperado de que  
no era feo. Y en efecto,  
si es lo feo lo que desagra-  
da, aquel viejo era un  
buen mozo.

En su ministerio, don  
Benjamín cumplía con sus  
deberes estrictamente, ex-  
tendiéndose más allá por  
la caridad y buenas obras,  
si bien no formó jamás  
hermandades, confradías  
ni otras instituciones se-  
mejantes de notoria pie-  
dad y beneficio; pero no  
tuvo la culpa, pues aún no

estaban en prianza estas  
asociaciones, que después  
han venido a llenar un va-  
cío notable y lastimoso.

No era gran predica-  
dor; pero tenía el talento  
necesario para enseñar con  
el ejemplo, sistema objeti-  
vo que no es fácil aplicar  
con frecuencia, especial-  
mente en los pueblos cor-  
tos.

—Eres un muchacho lo-  
co —me dijo el señor cura  
con semblante irritado—,  
treinta y dos años llevo de  
ser cura de San Martín y  
conozco a esta gente como  
las palmas de mis manos.  
A todos éstos los he visto  
nacer, y sé cómo son y có-  
mo fueron sus padres y  
sus abuelos. ¡Bah! de es-  
tas bolas he visto muchas,  
y todo lo que está pasando  
ya me lo sabía sin que me  
lo dijeran. A Coderas,  
porque triunfó en la ac-  
ción, le mandó el gobierno  
el grado de teniente cor-  
onel; y a Mateo, porque  
perdió, le manda Baraja el  
de coronel. A Camilo So-  
ria no le importan los de-  
rechos del pueblo; y como  
está rico, no se habría me-  
tido en la bola sino fuera  
porque quiere ver colgado  
a Mateo, y quedarse con  
Remedios para seguirla  
azotando como antes.

Así como existen simi-  
litudes de enfocamiento  
ideológico entre López  
Portillo y Rabasa, existen  
discrepancias entre ellos.  
López Portillo acata los  
convencionalismos socia-  
les, en tanto que Rabasa

los omite. López Portillo  
le resta intensidad a sus  
obras al rehuir los con-  
tactos profundos con la  
realidad y las acciones;  
Rabasa no rehuye dichos  
contactos siempre que  
sean indispensables para  
producir una atmósfera, o  
para fijar los rasgos de  
un personaje. Los seres de  
López Portillo, más que  
los de Rabasa, hablan un  
lenguaje que no está de  
acuerdo con su naturaleza  
y ocupación: son seres di-  
rigidos que se abstienen  
de actuar sin el permiso  
expreso de su autor. López  
Portillo está esclaviza-  
do a una moral mogigata  
que le impide calar en  
los turbios escondrijos de  
sus personajes, que le im-  
pide, asimismo, llevar  
hasta sus últimas conse-  
cuencias las acciones que  
relata; Rabasa, en cam-  
bio, aligerado de estos las-  
tres, puede crear mujeres  
como Jacinta Barbadillo  
en *El cuarto poder*, Naza-  
ria, Luisa y Gilda en *La  
guerra de años*. Las mu-  
jeres de López Portillo vi-  
ven bajo un capelo asépti-  
co que las preserva del  
contacto directo con la vi-  
da, que las vuelve planas,  
en contraposición con las  
mujeres redondas de Ra-  
basa.

López Portillo está en  
la línea de Pereda; Raba-  
sa, en la de Pérez Galdós.  
Es esta una explicación  
convinciente. Mientras Pe-  
reda se solaza en frusle-  
rías, Galdós se empeña en  
descubrir la raíz de Espa-  
ña a través de sus perso-  
najes. En tanto que López  
Portillo muchas veces se  
queda en la apariencia,  
Rabasa entrevé, en conta-  
dos momentos, la esencia.

La ventaja más consi-  
derable que posee López  
Portillo sobre Rabasa  
consiste en que el novelista  
jalisciense urdía mejor  
sus tramas, aunque el no-  
velista chiapaneco sabía  
exponer éstas de una ma-  
nera más atrayente.

